

# El malestar en la docencia: lidiando con los nuevos discursos acerca de la identidad nacional\*

Jason Beech  
Universidad de San Andrés

Según los discursos que dominan las modas pedagógicas (y que se traducen en políticas educativas) el docente del Siglo XXI debe ser muy diferente del que existía hasta hace muy poco. Vivimos en épocas de grandes cambios – sociedad del conocimiento, era de la información, globalización, sociedad del riesgo y muchos etcéteras. El mundo ya no es lo que era y, dado que la educación es lo que nos prepara para vivir en este mundo, la educación también debe cambiar. Se les dice a los docentes, entonces, que tienen que concebir su profesión de otra manera, casi opuesta a la que tenían. El docente ya no debe enseñar, sino que debe facilitar el aprendizaje de sus alumnos/as. El docente no debe centrar sus clases en contenidos. Por el contrario, los contenidos son solo una excusa para el desarrollo de competencias. El docente ya no debe seguir obedientemente un currículum prescriptivo y detallado, sino que tiene la obligación de ser creativo y autónomo para diseñar cada una de sus propuestas didácticas. El docente ya no puede conformarse con su formación inicial sino que debe formarse a lo largo de toda la vida. Debe participar de la elaboración del PEI, debe ser capaz de reflexionar acerca de su propia práctica y, algunos audaces, hasta sugieren que debe ser investigador.

En definitiva, recurriendo a una metáfora tecnológica, podríamos decir que lo que nuestros sistemas educativos necesitan es un cambio de “DOCENTE 1.0” a su nueva versión “DOCENTE 2.0”. A todos los que nos gustan las computadoras sabemos que el problema es que casi siempre que uno instala una versión supuestamente más avanzada de un software, ésta le genera algunos inconvenientes. En primer lugar porque no todos los cambios en la nueva versión son indiscutiblemente “avances”. En segundo lugar por el tiempo y esfuerzo que requiere desaprender algunas prácticas e incorporar otras y, finalmente porque no siempre nuestro hardware soporta el cambio. De todos modos hasta aquí llega la metáfora informática, porque además, los docentes son humanos. Y, hasta nuevo aviso, si hay algo que a los humanos nos cuesta es desaprender lo que sabíamos y aprender nuevas formas de hacer las cosas.

No sorprende entonces que los maestros y profesores se encuentren un tanto molestos y desorientados ante tantas voces que les dicen que lo que sabían y hacían hasta ahora ya no sirve y que deben pensar y hacer de una manera completamente diferente.

En este ensayo abordaré el malestar de los docentes en relación a los nuevos discursos acerca de uno de los temas que supo ser fundamental en nuestro sistema educativo: la construcción de la “identidad nacional”. Como es bien sabido, en la Argentina, uno de los objetivos fundamentales del sistema educativo moderno desde su creación fue el de promover una “identidad nacional” que generara cierto sentido de

---

\* En: Brailovsky, D. (comp.): *Sentidos perdidos de la experiencia escolar. Angustia, desazón, reflexiones*, Buenos Aires: Novedades Educativas, col. Ensayos y Experiencias, 2008

pertenencia y solidaridad social entre los habitantes del territorio nacional. La homogeneización de las prácticas escolares a través del control centralizado sobre el currículum, los libros de texto, la formación docente y la obligatoriedad de ciertos rituales patrióticos en la escuela contribuyeron a difundir una cultura uniforme que definía la argentinidad. Así, la escuela formó a millones de argentinos y argentinas unidos por un sentimiento de pertenencia y de amor por la Patria.

En la actualidad, aunque la idea de formar una identidad nacional sigue estando presente como un objetivo fundamental de la política educativa, la filosofía en la cual se basa esta “identidad nacional” ha cambiado. Por ejemplo, la recientemente aprobada Ley de Educación Nacional establece como uno de los objetivos de la educación el de “Fortalecer la identidad nacional, basada en el respeto a la diversidad cultural y a las particularidades locales, abierta a los valores universales y a la integración regional y latinoamericana” (Art. 11, inciso d). La idea de que un determinado territorio nacional se corresponde con una cultura particular, específica y uniforme se debilita. En otras palabras, parecería que ya no creemos que podemos definir una única “cultura argentina”. La identidad nacional (como la conocíamos) está siendo jaqueada por arriba por los “valores universales” y la “integración regional” y por abajo por la idea de respeto por la diversidad y las “particularidades locales”

Este ensayo ofrece una serie de reflexiones acerca de cómo este cambio de filosofía política ha impactado en las prácticas escolares generando una gran desorientación en cuanto a cómo tratar el tema de las identidades colectivas y la cohesión social en las escuelas.

### **¿Aprendiendo a discriminar?**

¿Cómo podemos explicarles a nuestros alumnos el hecho de que las diferencias en el color de la piel, las de género, las de nacionalidad, las étnicas sigan siendo tan importantes en la actualidad? ¿Cómo podemos hacerles entender que las actitudes discriminatorias que surgen de la importancia que les damos a estas diferencias no son el resultado de la ignorancia? ¿Cómo podemos explicarles que por el contrario, estas actitudes son una consecuencia del saber; de la educación que hemos recibido?

Estas provocadoras preguntas con las que Willinsky (1998) comienza su libro titulado *Aprendiendo a dividir el mundo*, nos ponen incómodos a los docentes; nos descolocan. Estas preguntas implican una crítica feroz a las bases que sustentan nuestras propias prácticas. Permítanme decirles que justamente por eso, debemos tomarnos estas preguntas muy en serio. Porque solamente si cambiamos nuestra manera de pensar, es que podremos lograr algún cambio en nuestras acciones. Pero cambiar nuestra manera de pensar implica desaprender muchas cosas que dábamos por obvias y eso es incómodo y difícil. Pero empecemos por entender cómo es que aprendimos lo que aprendimos.

La historia empieza con el nacimiento de los sistemas educativos modernos. Estos sistemas surgen como parte del proyecto de la ilustración que dio sustento filosófico a la modernidad y a sus instituciones. Un análisis detallado de la modernidad excede las posibilidades de este breve ensayo, pero quisiera a continuación analizar algunas características básicas de la ilustración que, sugiero, sirven para entender cómo funcionó el modelo de “identidad nacional” que promovió el sistema educativo argentino.

La “Ilustración”, el “Siglo de la Luces” o el “Iluminismo” se refieren a una corriente de pensamiento que surge en Europa entre los siglos XVII y XVIII. La idea básica era que se había superado el oscurantismo y la ignorancia de la etapa anterior en la cual se entendía al mundo a partir de la superstición y la religión. Por el contrario, para el proyecto iluminista el universo era racional y por lo tanto sólo se podía acceder a la verdad a través de la observación empírica y el uso de la razón. La historia de la humanidad era una historia del progreso. El motor de este progreso era la ciencia. A través de las ciencias, tanto naturales como sociales, el ser humano iba a entender cada vez más y mejor el funcionamiento del universo, e iba a poder intervenir en el mundo para mejorarlo. Es decir que el progreso podía ser impulsado y, por supuesto, una de las maneras para hacerlo era a través de la educación que desarrollaría las facultades racionales de los humanos, mejorando la especie con cada generación. Las palabras de Jullien de Paris (1775-1848), considerado el fundador de la educación comparada, son un buen ejemplo de esta manera de concebir al mundo y a la educación:

*“Sólo la educación puede ejercer a la larga una influencia decisiva y radical sobre la regeneración del hombre, la mejora de las sociedades, la verdadera civilización y la prosperidad de los estados. Cada generación, si se confiase a maestros dignos de su misión, debería ser la continuación perfeccionada de la generación a la que sustituye. De esta forma la especie humana progresaría firme y seguramente en el amplio camino del progreso en el que la organización social, prudente y firmemente constituida, no correría el peligro de funestos trastornos, crisis periódicas y espantosas catástrofes que con demasiada frecuencia la envían a caminos retrógrados”.* (Jullien de Paris, citado en Gautherin, 1999)

La frase revela una notable confianza en el progreso de la especie humana a través de la educación. También hoy nos llama la atención la referencia a “la verdadera civilización”, que por supuesto era la civilización Occidental. La idea de progreso lleva implícita una visión “unitaria del sujeto y de la historia” (Lyotard, 1984). Es decir que si aceptamos que podemos definir Un “progreso” para la humanidad, esto implica que hay un ideal al que toda sociedad y todo individuo deben aspirar. En el iluminismo, claramente ese ideal era Occidente.

Dijimos que el proyecto iluminista consideró a los sistemas educativos como una tecnología fundamental para promover el progreso humano. Dijimos también que el motor del progreso para esta corriente de pensamiento era la ciencia. No debe sorprendernos entonces, que lo que enseñamos en la escuela esté basado en la ciencia. Esta ciencia moderna y racional tenía y tiene una obsesión por la clasificación: las tipologías y las taxonomías (Foucault, 1999). Dividimos a la materia en orgánica e inorgánica. A los animales en vertebrados e invertebrados, a las plantas en angiospermas y gimnospermas. Dividimos al mundo en continentes; a los países en desarrollados y en vías de desarrollo. Sin embargo, estas clasificaciones y su base lógica son contingentes, podrían ser otras. Por ejemplo, hasta no hace mucho clasificábamos a las entidades de la naturaleza en reinos animal, vegetal y mineral. Esa clasificación ha sido desechada y reemplazada por la de los cinco reinos (que clasifica solo a los seres vivos): Animal, Plantas, Hongos, Protistas y Monera. Luego se propuso dividir el Reino Monera en Archeobacterias y Eubacterias lo que resultaba en seis reinos.

Otra característica de estas clasificaciones que es importante destacar es que están fuertemente basadas en el empirismo, en la observación, en la mirada (pensemos en

cómo esto influye en nuestro vocabulario de todos los días cuando hablamos de “puntos de vista”, “perspectivas”, “visión del mundo”). También debemos ser conscientes de que estas clasificaciones no están exentas de valores y reflejan relaciones de poder. Un ejemplo claro de esto es el mapamundi que cuelga en nuestras aulas y a partir del cual nos creamos una imagen del mundo. No es casual que Europa esté en el centro, que el norte esté arriba y que algunos de los países europeos (pequeños pero poderosos) sean representados de mayor tamaño del que realmente tienen, ni que países africanos aparezcan más pequeños de lo que son. Esta manera de graficar el mundo está tan inmersa en nuestra manera de pensar, que nos genera incomodidad ver un mapa del mundo en el que el sur esté sobre el norte, o el mapa desarrollado por Peters en el que la escala de los países ha sido corregida para representar mejor la realidad<sup>1</sup>. Tal vez no esté de más decir que estas maneras de clasificar al mundo, estas maneras de pensar al mundo, están directamente relacionadas con nuestra manera de actuar sobre el mundo.

Otra institución que también surge con la modernidad y se difunde a lo largo de Occidente y luego al resto del mundo, es el Estado Nación. La conformación del Estado-Nación implicaba la delimitación de fronteras precisas que marcaban el límite del poder del estado sobre un determinado territorio y la población que en él habitaba. Estas fronteras se establecieron a partir de guerras, de tratados de paz que en muchos casos estaban directamente relacionados con los imperios europeos y con los procesos de descolonización. Por lo tanto, estas fronteras no necesariamente tenían en cuenta las diferentes naciones o culturas que existían dentro de los territorios que pasaron a formar parte de cada Estado-Nación. Esto generó y sigue generando muchísimas guerras y muertes, como por ejemplo la guerra entre la India y Pakistán por el territorio de Cachemira, las guerras de la antigua Yugoslavia y las decenas de guerras civiles en países africanos.

Más allá de eso, y volviendo al momento de conformación de los Estados-Naciones, dado que no necesariamente había unidad cultural entre los habitantes que quedaron incluidos dentro de las nuevas divisiones políticas que hoy llamamos países, los estados debieron promover entre su población el sentimiento de que todos pertenecían a una misma cultura, a una nueva cultura nacional. Como sabemos, ya que el caso argentino es un claro ejemplo, el sistema educativo fue una de las estrategias fundamentales que fue usada para unificar a la población y legitimar el poder del Estado central.

La idea básica de esta identidad nacional que se promovía a través de los sistemas educativos era que las fronteras geo-políticas que dividían a los países debían coincidir con fronteras simbólicas que dividían a un “nosotros” de un “ellos”. Para Rousseau (1966), uno de los fundadores del nacionalismo político, el patriotismo era la más heroica de las pasiones y era la mejor manera de formar buenas personas. Sostenía también que el “sentimiento de humanidad” se evaporaba y se debilitaba al tratar de incluir a todos los humanos, por lo cual deducía que lo recomendable era que nuestra “humanidad” se limitara a nuestros conciudadanos.

Este tipo de pensamiento fue fundamental para forjar identidades nacionales homogéneas y homogeneizantes y para definir nuestra manera de entender y clasificar al mundo, en la cual tendemos a asociar a cada país con una cultura específica e incluso a veces con un determinado grupo étnico.

No es que a través del proceso de construcción de las identidades nacionales se hayan borrado las diferencias que existían entre los ciudadanos de un determinado

---

<sup>1</sup> Para ver maneras alternativas de graficar el planeta puede consultarse [www.odtmaps.com](http://www.odtmaps.com)

país, pero el sentido de pertenencia a un colectivo llamado Argentina, Brasil, México o Francia se constituyó como superador de esas diferencias. Bauman (2003) aporta una reflexión que ayuda a comprender este proceso:

*El “nosotros” del credo patriótico-nacionalista significa “gente como nosotros”, “ellos” significa gente diferente de nosotros. No es que seamos idénticos en todos los aspectos; existen diferencias entre “nosotros” a pesar de los rasgos comunes, pero las semejanzas tornan minúsculo, disuelven y neutralizan el impacto que podrían ejercer. El aspecto en que todos somos iguales es decididamente más significativo que todo lo que nos distingue; basta para superar el impacto de las diferencias. Y tampoco es que “ellos” difieran de “nosotros” en todos los aspectos, pero difieren en un aspecto que es más importante que todos los demás, que basta para impedir una postura común y para disolver cualquier posibilidad de solidaridad, a pesar de las semejanzas que nos acercan... las fronteras que dividen al “nosotros” del “ellos” están perfectamente señaladas y son muy visibles, ya que el certificado de “pertenencia” solo contiene una división.*

Es decir que aunque algunas diferencias persistieron entre los habitantes de la Argentina, el aspecto en el que somos iguales (la nacionalidad) neutralizaba las diferencias y fue más significativo que aquellos aspectos que nos distinguían.

En conclusión entonces, esta identidad nacional que se promovía, estaba fuertemente basada en el pensamiento iluminista y tenía las siguientes características:

- Se basaba en ciertas clasificaciones de las poblaciones
- Se basaba en una clasificación del mundo en países que tiene sus orígenes en los imperios europeos y en los procesos de descolonización
- Estas clasificaciones estaban a su vez fuertemente influidas por el empirismo, por la mirada: no es casualidad que el color de la piel, la forma del cráneo hayan sido y sigan siendo los atributos desde los cuales se construye el racismo.
- Estas clasificaciones son contingentes; podrían haber sido otras y pueden ser otras
- Estas clasificaciones estaban basadas en una visión eurocéntrica del mundo. En un ideal de ser humano que era un hombre (no una mujer), blanco, occidental, cristiano y de clase media o alta.
- Estas clasificaciones han generado y siguen generando guerras, xenofobia, racismo y muchas atrocidades humanas (entre ellas nada más y nada menos que el Holocausto)

Hoy en día tenemos claro que ya no queremos una identidad nacional discriminatoria que incluya solo a algunos. Pero no es que usted lector/a y yo seamos dos grandes visionarios (otra vez la recurrencia de la mirada) ni que a diferencia de los demás, nos “damos cuenta”, sino que tuvo lugar un cambio de época.

## El derrumbe de los grandes relatos

Muchos de los autores que analizan los cambios de época actuales ubican el fin de la segunda guerra mundial como un momento simbólico fundamental en el que comienzan a generarse estas transformaciones que algunos llaman modernidad tardía (Giddens, 1990) y otros pos-modernidad (Lyotard, 1984). Más específicamente son las dos H, Hiroshima y el Holocausto, los eventos que debilitan el proyecto iluminista y ponen en duda la fe que Occidente tenía (¿tiene?) en el progreso.

A partir de los efectos de la bomba atómica en Hiroshima, Occidente comienza a cuestionarse seriamente la idea de que la ciencia era el motor del progreso humano. La visión de que a través de la ciencia el ser humano iba a entender cada vez mejor el mundo e iba a poder intervenir mejor en él para mejorarlo se derrumba. Los avances científicos ya no necesariamente son un progreso para la humanidad. Las cosas son un poco más complicadas y la propia visión de la historia humana como una historia del progreso es cuestionada. Hoy en día, somos cada vez más conscientes de lo difícil que es atar linealmente al avance científico con el progreso humano. Por ejemplo, en Gran Bretaña, hace unos años se descubrió una nueva tecnología que prometía hacer la cría del ganado mucho más eficiente: se procesarían los huesos de los propios animales muertos para alimentar al ganado. Se trataba de un gran avance científico, hasta que unos años más tarde quienes comían esa carne comenzaron a morir de una enfermedad que se conoce como la de “la vaca loca”. Las posibilidades de clonar un animal y hasta un ser humano son avances científicos. Eso es indudable. Lo que nos genera dudas es si se trata de un progreso para la humanidad o no. En definitiva, lo importante para este ensayo es que Occidente empieza a dudar de la propia idea de progreso y de la relación entre progreso y ciencia, dos de los pilares fundamentales de los sistemas educativos modernos.

Por otro lado, el Holocausto pone en duda el gran relato de la patria, del nacionalismo. Si somos capaces de hacer estas cosas en nombre de la patria, ¿no será que los nacionalismos son demasiado peligrosos? No es casualidad que UNESCO haya sido fundada luego de la segunda guerra con el siguiente slogan: *“puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”*. El objetivo era el de generar un mayor acercamiento entre los distintos países y debilitar las fronteras culturales que los nacionalismos y las “identidades nacionales” habían forjado. Tampoco es casualidad que unos años más tarde, en 1948, Naciones Unidas aprobara la Declaración Universal de Derechos Humanos como una manera de codificar ciertos valores universales que debían ser enseñados en todas las escuelas de los países miembros.

Pero el problema no estaba solo en las divisiones que generaba el nacionalismo entre los ciudadanos de los distintos países. Los nacionalismos también generan procesos internos de discriminación a ciertos grupos. Al slogan de “orden y progreso” que sostenía el proyecto iluminista (y que se plasmó por ejemplo en la bandera brasileña) se le pregunta: ¿el orden y el progreso de quién? La campaña del desierto en Argentina ilustra bien la situación. En su momento la matanza de indígenas en manos del ejército argentino fue considerada como un gran avance hacia el progreso de la patria. De hecho muchos de los pueblos y ciudades de las zonas “conquistadas” tienen el nombre de quienes comandaron las expediciones. Hoy en día, analizando en retrospectiva estos eventos históricos, dudamos de que hayan sido un “avance hacia el progreso”. Hoy en día nos cuestionamos la idea moderna de progreso y nos cuestionamos también el gran relato de la patria, porque esa idea y ese relato estaban

sesgados en términos de género (¿dónde de están las mujeres en nuestra historia?), de clase, étnico, cultural y religioso.<sup>2</sup>

En definitiva, en la actualidad nos cuestionamos la idea de progreso en la cual se basó la ilustración, la escuela moderna y la identidad nacional que esta escuela promovía. La crítica a los grandes relatos de la modernidad ha instalado el discurso acerca del respeto por la diversidad en el centro de la escena académica y política y, por lo tanto, prevalece la idea de que las diferencias de género, étnicas, de clase, religiosas y/o culturales deben respetarse, ya que no existe un único estándar basado en un hombre (sic), blanco, cristiano y de clase media contra el cual sea posible medir el 'progreso' de los demás. Este pensamiento se reflejó en la política educativa argentina en dos consignas básicas al nivel de la retórica oficial: (a) que las escuelas y los docentes deben respetar la diversidad de sus alumnos; y (b) que las escuelas deben adaptar su oferta educativa al contexto local en el que se ubican.

Sin embargo, al igual que con muchos de los otros cambios que se sugieren a nivel de la retórica y a los que someramente hicimos referencia al comienzo de este trabajo, poco se ha hecho para pasar del nivel retórico al nivel de la práctica. Parecería que a los docentes les queda mas o menos claro que es lo que no hay que hacer: promover la vieja identidad nacional discriminatoria; pero se encuentran bastante desorientados en cuanto a qué es lo que sí hay que hacer. Por supuesto que se trata de un problema muy complejo que implica repensar el significado de la propia idea de nación y las prácticas escolares y por lo tanto no se resuelve simplemente con una serie de declaraciones sino justamente re-pensando nuestras maneras de entender y clasificar el mundo. Algo que como decía en el comienzo no es fácil.

## **Reflexiones finales**

1 - Las ideas acerca del nuevo docente que mencioné en el comienzo no están necesariamente mal, no encarnan en sí mismas un problema, la cuestión reside en como se presenta el cambio y como se piensa la relación entre la retórica oficial de las leyes y las proclamas y las prácticas escolares. Si realmente queremos que el docente piense y trabaje de manera tan diferente a lo que venía haciendo, deberíamos diseñar formas de lograrlo que vayan más allá de las declaraciones y los cursos.

2 - Clasificar no esta mal, ni enseñar ciencia está mal. La ciencia es la manera a través de la cual Occidente ha tratado de entender al mundo por siglos. Y la manera que tenemos de entender al mundo es dividiéndolo en fracciones más pequeñas. Esta manera de abordar el problema, que nos parece tan evidente, no es la única. Otras culturas lo han resuelto de otras formas. La medicina puede funcionar como ejemplo. En Occidente, ante un problema en el oído vamos al otorrinolaringólogo; dividimos a la persona en pequeñas fracciones (primero en cuerpo y mente, luego en partes del cuerpo y luego entre partes enfermas y partes sanas) y vamos al especialista. En cambio en algunas culturas Orientales se analiza al problema como un desequilibrio en el sistema integral y por lo tanto la estrategia no es dividir a la persona, sino justamente la contraria: entender el desequilibrio en el funcionamiento del todo. Ninguna de las dos maneras de abordar el problema es mejor que la otra. Son formas diferentes de entender y actuar sobre el mundo.

---

<sup>2</sup> Tampoco es casualidad que en esta época haya autores que estén "re-escribiendo la historia" y cuestionándose los grandes relatos de la historia oficial. No son grandes revolucionarios. Al igual que Jullien de Paris, que expresaba muy bien el pensamiento de su época, los autores revisionistas también son dignos hijos de su época...otra época, claro

3 – Simplemente, sin descartar las clasificaciones como manera de aprehender la complejidad del mundo, sugiero que deberíamos ser conscientes de **que** muchas de las clasificaciones que usamos son formas de pensar que se han naturalizado, pero están basadas en valores que ya no necesariamente compartimos. Muchas de estas clasificaciones son un “terreno fértil” para que crezca la discriminación.

4 – Sugiero que no sirve o al menos no alcanza con trabajar la tolerancia. En la tolerancia enmascaramos nuestro desagrado con el otro y reprimimos nuestra voluntad de dañarlo física o simbólicamente.

5 – Por el contrario, si queremos generar un cambio de verdad en nuestras sociedades con respecto a la discriminación y el respeto hacia el otro, necesitamos generar un cambio en la manera en que se piensa al otro. Debemos trabajar teóricamente con docentes y alumnos para entender por qué aparece esa discriminación, desnaturalizarla y mostrar que es contingente, que podría ser de otra manera.

6 - En definitiva son cambios complejos que implican un cambio en la forma de pensar que están muy establecidas. No hay soluciones mágicas ni políticas perfectas. No hay una receta para respetar la diversidad. Por más que tengamos las mejores políticas, al fin y al cabo el problema siempre se resuelve en la escuela y en el aula. Como siempre en educación, lo peor que podemos hacer los docentes es “no meternos” con el tema y lo mejor que podemos hacer es estudiarlo, pensarlo y trabajarlo con nuestros alumnos.

7 - Re construir la identidad nacional en la escuela implica no sólo volver a pensar en quiénes somos y que nos une, sino también re-pensar nuestras prácticas pedagógicas. Sugiero que deberíamos pensar propuestas de aula en donde el problema de la identidad nacional no tenga una respuesta cerrada. Por el contrario, debería ser un verdadero problema: que abra a la discusión, al pensar, a la confrontación de puntos de vista. Se trata de promover con prácticas aquella idea de que la identidad es un proceso, nunca acabado y siempre abierto a lo nuevo. De este modo, la identidad nacional, no es nunca definitiva, siempre hay que reconstruirla, siempre esta abierta a incorporar y a incluir en su relato a lo múltiple. Quizás lo más definitivo, en pos de la riqueza cultural, del respeto por los derechos humanos, y por sobre todo, del cumplimiento del derecho a la educación, es la necesidad de construir una identidad nacional lo más inclusiva posible.

## BIBLIOGRAFÍA

Bauman, Z. (2003) *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Foucault, M. (1999) *Las palabras y las cosas*. Madrid, Siglo XXI editores.

Gautherin J (1993) "Marc-Antoine Jullien de Paris (1775-1848)" en *Perspectivas: Revista trimestral de Educación comparativa (París, UNESCO: Oficina Internacional de Educación)*, vol. XXIII, Núm. 3-4, 1993. Disponible en la World Wide Web: <http://www.ibe.unesco.org/publications/ThinkersPdf/julliens.pdf>

Giddens, A. (1990). *The Consequences of Modernity*. Cambridge, Polity in association with Blackwell.

Ley 26. 206 ("Ley de Educación Nacional"). Disponible en la World Wide Web: [www.me.gov.ar](http://www.me.gov.ar)

Lyotard, J. (1984) *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*. Manchester, Manchester University Press.

Rousseau, J (1966). "A Discourse on Political Economy" in: Rousseau, J. J. *The Social Contract and Discourses*. London, J.M. Dent & Sons Ltd.

Willinsky, J. (1998) *Learning to divide the world: Education at empire's end*. Minneapolis, University of Minnesota Press.